

**PEDRO ARRUPE:
FIGURA QUE SE AGRANDA, MISIÓN QUE CONTINÚA**

Juan Antonio Guerrero Alves, sj

Tailandia 6 de agosto de 1981. Un encuentro-charla con 14 jesuitas que se dedicaban a los refugiados, resultó ser la última alocución de Pedro Arrupe antes de su enfermedad. Sus últimas palabras fueron éstas:

¡Por favor, sed valientes! Os diré una cosa. No la olvidéis. ¡Orad, orad mucho! Estos problemas no se resuelven con esfuerzo humano. Estoy diciéndoos cosas que quiero recalcar, un mensaje, **¡quizá mi canto de cisne para la Compañía!** Si estamos en el frente de un nuevo apostolado para la Compañía, tenemos que ser iluminados por el Espíritu Santo... Creo que tiene que haber una unidad básica de las mentes para un nuevo apostolado que va a nacer... ¡Y estamos pasando por este dolor partus... antes de que nazca este apostolado! Con este punto de vista médico llego al final de mi charla!¹

- En sus palabras hay como una premonición: “Quizá mi canto del cisne para la Compañía”.
- Arrupe ha vivido su generalato en la estela del Concilio Vaticano II, como el tiempo de renovación de la Compañía y sentía que estamos padeciendo un dolor de parto en el nacer de lo nuevo.
- Y algo que quiere recalcar, un mensaje: la oración, la unión con Dios, que para hacer lo nuevo “tenemos que ser iluminados por el Espíritu Santo”². Esto mismo es lo que desde los EE que hizo en el año en que fue elegido General ha pedido a Dios y ha intentado³.

El día siguiente a estas palabras, 7 de agosto de 1981, a su llegada a Roma de un viaje por Filipinas y Tailandia, Arrupe sufrió una trombosis cerebral que le dejó postrado e incapacitado para el resto de sus días. A la trombosis siguieron 10 años de silencio y aceptación ejemplar que vinieron a confirmar su talla humana y espiritual. Si su figura, como dice el título de esta conferencia, se agranda no es principalmente, como algunos subrayan, por esos años de entrega, sumisión y aceptación de la enfermedad. Esos años de pasividad son una confirmación más de su grandeza, pero ésta viene de atrás. Viene de tan atrás como de los años de formación y, como veremos, es probada y queda patente en sus años de General.

Pero no nos distraigamos y sigamos con el hilo de los días finales alrededor de la enfermedad que son muy reveladores...

¹ *Promotio Justitiae* 1981, pp. 212-216.

² Una clave de lectura de los discursos y de los documentos más importantes que el actual General, P. Kolvenbach, ha dirigido a la Compañía sigue en esta estela de Arrupe y tiene este hilo conductor: *curet primo Deum*, reemprender continuamente el camino de la fuente, que Dios sea en todo el primer servido, el vivir, en definitiva, fundados sólo en Dios.

³ Cf. Ignacio Iglesias, *Aquí me tienes Señor*,

Una semana antes de la trombosis, el 31 de Agosto de 1981. En la homilía de la fiesta de S. Ignacio, en Manila, en su último viaje, deja entrever algo de cómo siente la misión de la Compañía. Decía Arrupe:

“Ignacio fue hombre de contradicción: (...) El mismo Señor lo había predicho: ‘os perseguirán, harán lo posible por alejaros, seréis incomprendidos’, pero también dijo **‘felices de vosotros cuando os persigan por el hecho de serme fieles’**. Ignacio labró desde el principio su fidelidad al Señor entre procesos e incomprendimientos (...). Los seguidores de Ignacio han participado de esta herencia a lo largo de la historia: no hay crimen del que no se haya culpado ocasionalmente a la Compañía: regicidios, envenenamientos, ambición de poder, intriga, maquiavelismo. Al mismo tiempo y por encima de humanos defectos, la hoja de servicios de la Compañía a la Iglesia en ‘defensa y propagación de la fe’, constituye también en apreciación de muchos, una brillante página en la historia de la misma Iglesia. (...) **Este enfrentamiento de valoraciones pasa actualmente por un período de exacerbación.** A partir de las CG XXXI y XXXII se advierte incluso una **significativa novedad: algunos de nuestros mejores amigos y bienhechores** no acaban de comprender la motivación, significado y consecuencias de las opciones que la Compañía –en búsqueda de la renovatio accomodata que pide el Concilio- ha tomado en un profundo proceso de renovación y discernimiento. (...) **La idea de más difícil aceptación es la inseparabilidad de la promoción de la justicia de la promoción de la fe, que nuestra CG XXXII nos presenta como indisolublemente unidas.** Puede producirse incluso como consecuencia el doloroso cambio de actitud para con nosotros de algunos de nuestros amigos y bienhechores (cosa que la misma CG preveía). **Unas veces marcarán su distanciamiento; otras –posiblemente y aun sin duda- por sincero amor y estima a la Compañía, pasan a ocupar las filas de los opositores. No faltan casos de abierta hostilidad y aun de abierta persecución. Lo aceptamos como una aplicación del misterio de la cruz que forma parte del auténtico seguimiento de Cristo.**

Pero yo me pregunto y os pregunto. Por grande que sea el **dolor y decepción que estas actitudes nos producen** ¿no debería ser mucho más inquietante que –dadas las situaciones tan diversas en que la Compañía trabaja a lo largo y ancho de este mundo, muchas de ellas profundamente marcadas por signos de injusticia y negación de los valores humanos y cristianos- no sería inquietante, repito, si nuestra lucha en servicio de la fe y promoción de la justicia no provocase acá o allá desconfianza o incluso hostilidad, y nos desdeñasen con el silencio o la indiferencia sin sentirse turbados por nuestra proclamación de valores y nuestra actividad? (...) ¡Mal augurio para la Compañía la paz y la seguridad de los indolentes!”⁴

Todo parece indicar que Arrupe inicia este viaje con un dolor profundo y a su vuelta espera cruz. Como a Ignacio en la Storta no le vendrá como esperaba. Sobre esto volveremos. Ahora, resumiendo esta larga cita tenemos:

- La lectura implícita del momento actual de la Compañía como de un estado de incompreensión e incluso persecución. Unos nos abandonan, otros hablan mal de nosotros. Estamos sometidos a contradicciones

⁴ *Información sj*, nov-dic 1981, pp. 185-186.

- No critica a nadie de los que critican o persiguen, lo hacen por amor a la Compañía.
- Lo aceptamos como aplicación del misterio de la cruz, algo que forma parte del seguimiento de Cristo.
- ¿No sería más preocupante, en un contexto tan marcado por la injusticia y negación de valores humanos y cristianos, la paz y seguridad de los indolentes?

En la misma homilía expresa Arrupe su comprensión de la crisis vivida en la Compañía, la Iglesia y la sociedad:

“Hoy, tanto la Iglesia como la sociedad humana en su conjunto están en ‘crisis’. Pero crisis es un diagnóstico que admite varias interpretaciones. Una es radicalmente negativa e identifica ‘crisis’ con tensión conflictiva, degradación, demolición. Para otros, ‘crisis’ es un momento positivo, un estado coyuntural de prueba que no prelude la muerte, sino la obra de Dios (Jn 11,4) porque los nuevos elementos, por el mero hecho de ser nuevos aventajan en valor a los antiguos. Una tercera interpretación, por fin, da de la ‘crisis’ una valoración más ponderada e intermedia: se esfuerza en **reconocer en los campos en conflicto cuanto hay de negativo como negativo y cuanto hay de positivo como positivo y combinando la poda y el injerto, se esfuerza en cercenar lo caduco y vitalizar con lo sano y vigoroso**. La *nueva planta*, siendo la misma, entra en una nueva etapa de vida. Yo me apunto a esta interpretación y ***pido que no malogre las inmensas oportunidades de esta crisis para una mayor servicio*** (...) De las congregaciones XXXI y XXXII – que son la voz de la Compañía y unidas al Romano Pontífice, los intérpretes válidos del carisma de Ignacio- han salido los criterios para la renovación a la que estábamos obligados por decisión del Concilio Vaticano II (...) para no alargarme cito únicamente un punto tan madurado y significativo como es la reformulación actualizada del fin de la Compañía –‘defensa y propagación de la fe’- en el servicio de la fe y promoción de la justicia que no tiene nada de reductivo, ni de desviacionismo ni de disyuntivo, sino que es **una formalización de elementos virtuales de la antigua formulación, con una más explícita referencia a las necesidades actuales de la Iglesia y de los hombres a cuyo servicio nos coloca nuestra vocación**”⁵

Decantando esta cita podemos sacar:

- Arrupe vive su misión como llevar adelante un programa de renovación de la Compañía que es la adaptación a la que está obligada por el Concilio Vaticano II.
- Esto lo hace con una visión ponderada de la situación de crisis que le toca vivir, en la que hay *poda e injerto*.
- La nueva planta, aun siendo la misma, entra en una nueva etapa de vida. La Compañía ha entrado en una nueva etapa de vida: algunos han hablado de **una tercera Compañía**. Si la primera fue la anterior a la supresión, la segunda fue la restaurada en 1814, que apareció ligada a la restauración de las monarquías tradicionales, la tercera nace al amparo del Vaticano II.

⁵ *Id.*, p.188

- Esta nueva Compañía ha reformulado su misión como “el servicio de la fe y la promoción de la justicia”.

En los primeros días de Agosto de 1981 tenemos un Arrupe que reconoce incomprendiones y persecución, y que barrunta algo cuando ve que puede estar siendo su canto del cisne. Probablemente el no contaba con la trombosis, pero sí con alguna intervención papal especial en la Compañía.

Dos meses después de la trombosis, **5 de octubre de 1981**, el Papa Juan Pablo II envía una carta al P. Arrupe, que le fue leída en su cuarto el día 6 por el secretario de Estado Vaticano, Cardenal Agustino Casaroli. En ella se le notificaba el nombramiento de un Delegado Pontificio para la Compañía, que según expresaba en la carta: *“me represente más de cerca en la Compañía, atienda a la preparación de la Congregación General que habrá que convocar en el momento oportuno, y juntamente, en mi nombre y por encargo mío, tenga la superintendencia del gobierno de la Compañía hasta la elección del nuevo Preposito General”*.

Esto significaba la interrupción del gobierno ordinario de la Compañía. Algunos vieron una desautorización del gobierno de Arrupe y quizá de Arrupe mismo. Todo parece indicar que el Papa tenía previsto intervenir en la Compañía manteniendo a Arrupe como General. En la misma carta el Papa le dice que *“como le indiqué en nuestras conversaciones de los primeros meses de este año, veía la necesidad de una preparación más profunda de la Compañía para la CG y esperaba ponerla en marcha junto con usted, pero desgraciadamente eso no ha sido posible a causa de mi larga estancia en el hospital y ahora a causa de su presente estado de salud.”*

De un modo u otro esta intervención Papal, que si no hubiera sido por la trombosis probablemente hubiera sido distinta, estuvo runruneando en la mente de Arrupe y se traslució en sus palabras, durante su viaje a Filipinas y Tailandia. Dicha intervención puso fin a un generalato que, como veremos, era una **misión imposible**. Hoy con un poco más de distancia sabemos mejor qué pasó, podemos reflexionar y redescubrir esa figura que se agranda y tal vez -quisiera que así fuera- la **misión imposible**, que continúa, después de aprender algo de Arrupe, vaya comenzando a ser posible. Quisiera decir una palabra sobre cuatro puntos:

- La renovación que impulsó Arrupe
- Las incomprendiones y persecuciones.
- La talla cristiana de Arrupe.
- La misión que continúa.

1. La Renovación que impulsó Arrupe

En la CG XXXI se produce tal renovación que se ha llegado a hablar de **la tercera Compañía**, renovada, muy diversa de la restaurada en 1814, ésta más rígida, aquella más fiel a las intuiciones primeras. La primera nace moderna. La segunda nace ligada a la restauración monárquica, en lugar de mirar al futuro, tiende a ser más nostálgica del pasado. La Compañía se implica poco en los cambios del siglo XIX,

CG XXXI. Arrupe fue elegido General de la Compañía de Jesús el 22 de Mayo de 1965, meses antes de la clausura del Concilio. La Congregación General que lo eligió, la XXXI, se tuvo en dos sesiones: la primera eligió al General y la segunda, varios meses después de acabado el Concilio, trató de actualizar y repensar la misión de la Compañía a la luz de los documentos conciliares. No se puede decir que Arrupe fuera una figura del Concilio, pero sí que lo fue del post-concilio. Muchos de los congregados eran peritos conciliares. La renovación impulsada por la CG XXXI se puede ver en cuatro líneas:

a) **Cambios internos en la organización de la Compañía.** Por ejemplo, el modo de representarnos. Hasta entonces las Congregaciones Provinciales que eligen los electores para las Generales, estaban formadas por los 40 profesos más antiguos, Esto significaría hoy unas congregaciones asistidas por enfermeros, pues los más jóvenes tendrían alrededor de los 85 años y muchos, más de 90. Se introduce una comisión de estudio de la cuestión de los grados –distintas formas de vivir la vocación jesuita: profesos, coadjutores espirituales y temporales- , que dará que hablar y traerá problemas en la XXXII. Hay un decreto sobre vinculación más estrecha de algunos laicos que ya es importante.

b) **Renovación de la formación de los jesuitas.** Comienza un período de experimentos. En concreto, hubo cambio de planes de estudios, salieron de las grandes casas y pasaron a vivir en pisos o al menos en medio de la gente, y algunos insertos en barrios pobres.

c) **Renovación de ministerios.** El Papa hizo a la Compañía el encargo de oponerse con todos sus medios al ateísmo. En España, por ejemplo, se creó el Instituto Fe y Secularidad en Madrid, que fue al menos en dos décadas un lugar de encuentro y diálogo con increyentes, muchos de ellos marxistas, que eran los increyentes y ateos ilustrados que teníamos entonces en España. Se empieza a hablar de la selección de ministerios, el mundo ha cambiado y hay que adecuar nuestros ministerios al mundo de hoy. Sin dejar los ministerios tradicionales, se cae en la cuenta de que vivimos en un mundo secularizado y la Compañía busca cómo responder a él.

d) **Renovación de la vida espiritual.** Hay unos magníficos documentos sobre la vida espiritual, la vida religiosa del jesuita... Hay adaptaciones de la pobreza, de la vida de oración, se comienza a hablar más de discernimiento, en la obediencia se menciona la posibilidad de la objeción de conciencia, aunque es verdad que también se dice que si esto se repite quizá uno tenga que preguntarse si está en su sitio o no será mejor vivir con más paz en otra vocación.

La CG XXXII (1974-75) es, según Arrupe, la decisión más importante de su generalato. Algunos aspectos fundamentales decididos en esta CG son:

a) la definición de la identidad del jesuita hoy y **la reformulación de la misión de la Compañía hoy como “la defensa de la fe y la promoción de la justicia”**. Se pretende que la defensa de la fe y la promoción de la justicia, de manera inseparable, sea constitutivo e integrador de toda la misión. En América Latina ya ha tenido lugar el encuentro del CELAM (obispos latinoamericanos) en Medellín, 1968, donde se preguntan cómo un continente de mayoría católica puede padecer tal estado de injusticia. En 1971 la encíclica *Octogesima Adveniens* llama a los cristianos a que se comprometan en la promoción de una mayor justicia. También ha tenido lugar en Roma un sínodo de Obispos en Octubre de 1971 del que salieron dos documentos aprobados por el Papa, uno de ellos era el de *La justicia en el mundo y el sacerdocio ministerial* en éste se trataba el papel del sacerdote a favor de la paz y la justicia. No es que la Compañía se saque algo de la manga, sino que simplemente va sintiendo con la Iglesia. Los temas del desarrollo social, la liberación humana y la promoción de la justicia volvieron a aflorar en el sínodo de obispos de 1974. Esto no fue fácil de aceptar. Hoy, poco a poco, se ha ido haciendo más cotidiano. Esto no significa hacernos activistas sociales, sino saber al servicio de quién estamos. Los centros universitarios de la Compañía, por poner este ejemplo ya que estamos en uno de ellos, siguen siendo centros de estudio e investigación, pero basta echar una ojeada a los institutos en nuestras universidades y a las investigaciones que se realizan en ellas para comprender que hoy están comprometidas con los Derechos Humanos, con los inmigrantes, con la marginación y exclusión social, con la familia, con los menores en riesgo, con la Cooperación internacional, etc. Y comprometidos en su quehacer universitario de calidad.

b) Otra idea fuerza de esta CG es **la inculturación**, cómo encarnar el mensaje cristiano en distintas culturas sin occidentalizarlas, usando el principio de la encarnación. Descubrir que hay algo de Dios ya sembrado cuando se llega a evangelizar y desde dentro de las culturas ayudar a descubrir la salvación de Cristo.

c) **El uso del discernimiento** como método para buscar lo que Dios quiere de nosotros. También se volvió a tratar sobre la formación del jesuita fijando la integración –entre vida espiritual y apostólica, entre vida espiritual y comunitaria etc.- como criterio clave.

En esta CG se produjo un desentendimiento entre la Compañía y el Papa, entre Arrupe y el Papa, a propósito de la cuestión de los grados. El Papa no quería que se tratara la cuestión. Y en el aula se hizo un tratamiento con una votación indicativa. Quizá éste haya sido uno de los momentos de más tensión y quizá a causa de un malentendido. Sobre esto que volveré más adelante.

Los acentos de Arrupe. Arrupe es, ante todo, un hombre obediente a la Iglesia y a la Compañía. Al aceptar su elección como General dijo: *“en adelante me propondré sólo esto: cumplir lo más exactamente posible la voluntad de Dios que se me manifieste o por el Sumo Pontífice o por esta Congregación General que son mis superiores”*⁶. El Papa y los decretos de las Congregaciones Generales constituyen su hoja de ruta. Y así fue. Podemos espigar entre sus escritos y sus alocuciones para captar cuales son los centros de interés y son la aplicación de la misión que se le ha encomendado.

Su gran tema fue, como corresponde a un misionero, **la evangelización**. Sobre ella versó una de sus dos intervenciones en el Vaticano II y muchos de sus escritos y alocuciones. Buscaba actualizar la evangelización a la situación actual del mundo, para la que Arrupe tuvo una extraordinaria sensibilidad. Como dice el lema de este centenario: *nos enseñó a ver el lado bueno del mundo*. Tuvo también mucha sensibilidad ecuménica.

La Compañía recibió el encargo de **oponerse al ateísmo** y Arrupe impulsó instituciones nuevas así como líneas de acción en algunas ya existentes y animó al trabajo a los jesuitas. En su carta a toda la Compañía *Nuestra responsabilidad ante la increencia*, animaba al contacto, es normal cuando nuestro medio es cristiano que nos falte contacto con increyentes. Arrupe empezaba invitando al contacto, “necesitamos contacto, tenemos aún poco contacto con la increencia”. Oponerse al ateísmo escuchando y comprendiendo a los ateos, invitaba al diálogo. Arrupe siempre fue hombre de diálogo.

No hace falta decir que Arrupe se comprometió desde el principio con la **promoción de la justicia**. Desde sus primeros viajes a América Latina le tocó la pobreza y la injusticia, tomo posiciones ante el problema social de América Latina y animó a los jesuitas a actuar en su carta sobre el apostolado social en América Latina (1966). Lo mismo sucedió en Estados Unidos y tenemos otra carta sobre el problema racial (1967), tuvo una en el sínodo de Obispos de 1971 sobre la contribución de la Iglesia a la instauración de la justicia. Tuvo que tratar temas delicados como el escoramiento que se producía hacia el marxismo en el trabajo por la justicia y ahí subrayó sin ambages las incompatibilidades entre el marxismo y la fe cristiana, pero sin necesidad de minimizar la importancia del compromiso con la justicia que no es, ni mucho menos, patrimonio marxista. Un año antes de su enfermedad fundó el *Servicio Jesuita de Refugiados*, antes había animado los CIAS, los centros de investigación y acción social, muchos de ellos en América Latina.

⁶ CG XXXI, p. 17

Ya desde sus años de Japón **Arrupe comprendió la necesidad de inculturación**. El llegó a Japón cargado de silogismos para demostrarles a los japoneses la existencia de Dios, incluso organizó una procesión con estandartes y cantos por las calles de Yamaguchi... “Una procesión! ¡qué *ocurrencia!* Decía socarronamente un hermano vasco cuando Arrupe lo propuso. Muy pronto comprendió que el camino era otro, había que comprender y conectar con aquella cultura milenaria y comenzó a aprender caligrafía japonesa, el tiro con arco, cuyo secreto no es agudeza visual ni pulso, sino identificarse con la diana, la ceremonia del té, etc. La palabra técnica en sociología es aculturación Arrupe usaba inculturación porque la comprendía como encarnación, lo comprende desde Cristo, Aquél que no se aferró a su condición de Dios sino que se hizo uno de tantos... Ya como general, impulsado por las congregaciones generales y por los documentos pontificios, escribió una preciosa carta sobre la inculturación. En la historia de la Compañía ha habido ejemplos preciosos de inculturación, en China, en India o en América Latina. Pero cuando Arrupe es elegido General, en la formación se hace prácticamente lo mismo en todos los lugares, es decir, los noviciados siguen con las Prácticas de Villagarcía, el noviciado ejemplar del siglo XVIII. Ya había él intentado hacer un noviciado japonés cuando le tocó ser Maestro de novicios.

La vida religiosa fue otro polo de su interés. Durante sus años de General fue presidente de la Unión de Superiores Generales de diversas congregaciones. El Concilio había pedido una renovación de los institutos religiosos y la vuelta a las fuentes y él se dedicó denodadamente a la de la Compañía, con una gran influencia en otras congregaciones. Dentro de la Compañía ayudó mucho a **repristinar nuestra espiritualidad al mismo tiempo que actualizarla**. Fundó el Centro de Estudios Ignacianos en Roma y en su estela se fundaron otros muchos en otras provincias, animó estudios sobre los EE y sobre las Constituciones. Hoy los Ejercicios es un apostolado que en medio de secularización e indiferencia goza de buena salud, son reconocidos y acreditados. Arrupe inició un nuevo modo de gobierno, recuperando elementos ignacianos, el diálogo personal, el discernimiento personal y comunitario. La existencia centrada en Cristo, el *sentir con la Iglesia*, la formación, la pobreza y la sencillez de vida, los votos, la vida de comunidad, la integración de la vida espiritual y el apostolado, la disponibilidad, fueron focos de interés y temas recurrentes en su gobierno, para que los jesuitas los viviéramos de manera vital. Sobre todo insistió en la renovación espiritual, y subrayaba para ello cuatro puntos: La experiencia de Dios, el dinamismo apostólico, la oración como unión ordinaria con Cristo y al Vida de comunidad.

Todo ello hoy nos parece evidente, lo normal, pero tuvo que abrirse paso en medio de resistencias, incomprensiones y no pocos dolores. Arrupe dejó a la Compañía equipada para la renovación, con la espiritualidad reforzada, con su historia y tradición dichas de un modo apropiado a este tiempo, pero no consiguió, y era necesario para el futuro, fue dejar una Compañía unida.

2. Las incomprensiones y persecuciones

Su sentido de Obediencia, ya hemos dicho, le lleva a seguir las indicaciones de las CCGG y del Santo Padre. Arrupe, ante todo, obedece.

La enfermedad y el nombramiento de un delegado papal para el gobierno de la Compañía ponen fin a un generalato de Arrupe que era una **misión imposible**. ¿Por qué era imposible? Estaba todo muy revuelto. Dicho muy rápidamente y casi en caricatura, el Concilio fue convocado por Juan XXIII sorprendiendo a la Curia vaticana y contra su parecer. Comenzó con unos esquemas curiales, pero cuando los obispos y sus teólogos asesores de todo el mundo comenzaron a actuar y a traer sus problemas reales, cambiaron los esquemas, el Concilio tomó otros derroteros y no se sometió a lo que estaba previsto. Entró el sople fresco del Espíritu. Aunque haya compromisos en los

documentos para salvaguardar la unidad, la misma jerarquía de la Iglesia tenía distintas lecturas del Concilio unos más aferrados a lo antiguo, otros a lo nuevo.

Lo mismo pasaba entre los jesuitas. No es que hubiera un todo monolítico y Arrupe los dividiera, como se ha llegado a decir. Como dice La Bella, en la Compañía desde los años 30 hay dos almas: *los precursores*, que posibilitarán el Concilio (116 jesuitas, 58 padres conciliares y 58 peritos) y el partido de *la antigua doctrina*. En la CG XXX, de 1957, ya se produjo bastante movimiento interno, había división, ya se hacían sentir las fuerzas defensivas ante lo nuevo y los que acogen los vientos renovadores, sólo que no se enfrentaron y se dejaron adormecidos⁷. Quizá la diferencia es que antes del Concilio, con un clima de menos libertad, no trascendían fuera las diferencias.

Años más tarde, con el Vaticano II y la CG XXXI, se fue decantando dentro de la Compañía un grupo, no muy numeroso pero fuerte e influyente, que no aceptaba los cambios del Vaticano II y consiguientemente de la Compañía; tenía mucha entrada y prestigio en el Vaticano, algunos de sus líderes eran consultores de dicasterios romanos. Había otro grupo que se sumaba a lo nuevo por ser nuevo, un poco atolondradamente, con no poca imprudencia y arrogancia en críticas a la Iglesia y toma de posiciones doctrinales. Ambos eran minoritarios, pero éstos sirvieron para que aquéllos denunciaran y que progresivamente se fuera tomando el todo por la parte y se agrandaran los problemas y se minimizaran los pasos adelante que sin duda la Compañía también fue dando en esos años en la línea del Vaticano II y del Evangelio. Era necesaria una buena comunicación entre el Vaticano y la Compañía, y buenas dosis de comprensión y confianza ante las dificultades que habría, pero el buen clima se fue deteriorando por las interferencias.

Seis años después de su muerte los restos del P. Arrupe fueron trasladados de nuevo a la iglesia del Gesù en la fiesta de S. José Pignatelli, S.J. (14-11-1997). En aquella sencilla ceremonia, el P. Kolvenbach comparó a Arrupe con Pignatelli, el «puente» entre la Compañía suprimida (1737) y restaurada (1814), y dijo:

“También el Padre Arrupe fue probado en su amor a la Iglesia. Su esfuerzo por renovar la Compañía, conforme al ritmo dinámico del Vaticano II, encontró incompreensión por parte de algunos e incluso intervenciones por parte de la Iglesia, a la que él amaba con corazón ignaciano. Ambos, S. José Pignatelli y Pedro Arrupe, se adentran en el misterio de una voluntad de Dios que exige sacrificios por la vida de la Iglesia y que algunas veces impone el deber de sufrir con amorosa humildad, a manos de la Iglesia”.

No quiero caer en un esquema que se ha hecho muy habitual en el análisis de este período y de las relaciones de la Compañía y la Santa Sede. No es una guerra de buenos y malos, es una historia dolorosa, entre dos partes buenas, con aciertos y errores, que buscaban el bien, en tiempos revueltos. No es que el Vaticano juega de conservador y la Compañía, con Arrupe a la cabeza, de progresista. Y según sea quien juzga, unos son buenos y otros malos. Para *el País* y su órbita los jesuitas son los buenos y el Vaticano el malo; para el *ABC* y la suya, lo contrario. A veces lo trágico, que forma parte de la vida humana, se hace dolorosamente presente. Creo que Arrupe es sincero cuando decía en Filipinas que nuestros amigos y bienhechores que se distancian o se oponen a la Compañía lo hacen “por sincero amor y estima a ella”. Pablo VI amaba a la Compañía y dio muestras repetidas de ello, Juan Pablo II también y especialmente al P. Arrupe. No es justo decir lo contrario. El Papa Juan Pablo II visitó a Arrupe varias ocasiones durante su enfermedad y tuvo muestras de gran afecto hacia él. No quita que le hiciera sufrir. Ni que Arrupe hiciera sufrir a Juan Pablo II.

⁷ Conversaciones con el P. Miguel Elizondo.

Arrupe aceptó aquél dolor como había pedido desde su años de novicio, según un número del Examen de las Constituciones, que por amor a Cristo “desean vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su debido amor y reverencia, tanto que, donde **a la su divina majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado a pecado**, desean pasar injurias, falsos testimonios, afrentas y ser tenidos y estimados por locos (no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer e imitar en alguna manera a nuestro criador y Señor Jesucristo⁸”

Pero no era posible que Arrupe cumpliera su misión. Había unas expectativas desmesuradas, si me apuran idealizadas, sobre la Compañía de Jesús y lo que podría hacer en la aplicación del concilio. Recordemos unas palabras del Papa en la inauguración de la CG XXXI, expresó lo mucho que la Iglesia esperaba de la Compañía y de este encuentro, sabía la influencia que la marcha de la Compañía tendría en la Vida Religiosa en General. *“la Iglesia os reconoce como hijos muy adictos, os ama extraordinariamente, os honra y, séanos lícito usar una palabra audaz, os reverencia”⁹.*

Tras la entrevista del 31 de mayo de 1965, tras ser elegido Arrupe vuelve muy consolado, el Papa le ha dicho lo que quiere de la Compañía en cuanto a llevar adelante el Vaticano II, fidelidad a sus fuentes y adaptación al apostolado moderno. Una semana después. En su alocución invita a los congregados a la obediencia total a la voluntad del Papa.

Durante la CG XXXI Arrupe se encuentra con el Papa en repetidas ocasiones. En una de ellas el Papa le hace llegar algunas quejas que le han llegado del estado de la Compañía:

- el descuido de la vida interior y de las normas que tienen por fin protegerla y promoverla
- el abandono de la disciplina religiosa y del orden exterior de vida sin que los superiores vigilen debidamente para remediarlo.
- Crisis doctrinal y práctica de la obediencia religiosa
- Cierta mentalidad secular dominante.
- Falta del debido conocimiento y aprecio de los valores específicos de la VR, especialmente en los jóvenes.

Es muy probable que en el estado inmediato posterior al Concilio en que saltaron muchas tensiones ocultas hubiera excesos de algunos. Sin duda los hubo. Pero no podemos olvidar que estamos en CG, que el General y el gobierno están dedicados a ella... Ya ha empezado la maledicencia... Y ya, algunas informaciones parciales se van convirtiendo en el estado general de la Compañía. Con esto en contra será imposible gobernar y llevar adelante la misión. Se irá socavando progresivamente la confianza de la Santa Sede en la Compañía.

Ya al final de la CG XXXI el papa se refiere a unos “rumores y voces referentes a vuestra Compañía” que han llegado a sus oídos y “no podemos ocultar nuestro estupor y nuestro dolor por algunas de ellas”¹⁰. Se refiere el Papa a algunas acusaciones que le han llegado, de que los jesuitas querrían poner en cuestión elementos fundamentales de su Instituto. Por ejemplo la importancia de la oración, de la obediencia, la disciplina de la vida interior... como si bastase la acción exterior y deseásemos asimilarnos al mundo. El Papa, tras crear tensión dramática en su discurso a los congregados, concluye que “[las] nubes en el cielo [han sido] disipadas en gran parte por las conclusiones de vuestra Congregación”. Que ve a la Compañía firme en su

⁸ Const n. 101

⁹ CG XXXI, 13

¹⁰ CG XXXI p. 397

tradición. Pero lo que ya queda claro es que las nubes, los rumores y las voces venían de dentro de la CG.

Aún en 1968, dos años después, el Papa vuelve pronunciarse sobre la CG XXXI. Arrupe le había presentado lo que iba haciendo en su aplicación y presumiblemente le hablaría de las dificultades que experimentaba. La respuesta de Pablo VI es de apoyo. Comprende que para unos sea demasiado y para otros demasiado poco, pero afirma que es la autoridad legítima y hay que obedecerla. También apoyó Pablo VI sus actos de gobierno. Pero los que denuncian la desobediencia de los jesuitas en el Vaticano, ellos mismos no obedecen a Su Santidad ni al general y siguen con su agenda.

Es tiempo de muchos abandonos de los seminarios y de la Compañía y de la vida religiosa en general. Entre 1965 y 1971 la Compañía pasa de 36.038 jesuitas a 31.768. Los novicios entre 1962 y 1970 disminuyen de 2.152 a 856. No sólo hemos tenido un Vaticano II, que nos ha hecho pasar de un catolicismo sociológico a otro más vivido desde la opción. No se puede olvidar el tiempo que se vive en el mundo. Es Mayo del 68. Todo está en movimiento, nada es estable... de eso no puede tener la culpa Arrupe. Lo que ha estado mucho tiempo contenido se desparrama a la menos fisura. El ejemplo cercano de la Perestroika, tiene algún parecido. Unos cambios tan profundos es muy difícil que se puedan hacer de manera controlada.

Pronto, a partir de 1968, Pablo VI por medio de su Secretario de Estado el Cardenal Villot le reprochará ser débil en su gobierno, más proclive a la benignidad que al rigor, usar más el acelerador que el freno, arriesgar excesivamente en sus decisiones y confiar demasiado, a veces, en aquellos a los que tenía que guiar y, en caso necesario, corregir¹¹. Probablemente se le puede criticar que prestó insuficiente atención a las críticas vertidas contra la Compañía procedentes de fuera y de dentro de ella y no haber creado o aprovechado los canales de comunicación necesarios para examinarlas en su realidad y desbloquear así la situación. Ello produjo sufrimiento a ambos con daño objetivo para la Compañía. Sin que esto nunca pusiera en entredicho el profundo respeto y el afecto personal que se profesaban. Ya en el curso 69-70 Pablo VI comentó a Monseñor Cirarda, entonces Obispo de Santander que “el P. Arrupe es muy inteligente, de una perceptible santidad personal, pero débil en su gobierno”¹².

En sucesivas cartas del Cardenal Villot le conmina a tomar medidas frente a “actitudes disciplinares y rumbos doctrinales que en tiempos recientes y con dolorosa amplitud se verifican en la CJ”¹³. El cardenal Villot pedía decisiones de gobierno e informes a la Santa Sede con las mediadas tomadas. Las relaciones se agravan en 1973, nueva carta de 15 de Febrero en que se habla de “creciente ansiedad en la sede apostólica por una crisis que implica revistas, cátedras, personas en sectores siempre más amplios de la CJ”¹⁴. Arrupe en una entrevista con Villot, Benelli y Cassarolli, en Mayo de 1973, **capta que confían más en los informadores que en sus explicaciones** y pide conocer por escrito la sustancia de las acusaciones, las cuales les son remitidas por carta. El temor de la Santa sede por el deterioro de la Compañía y de otros Institutos religiosos y por la misma Iglesia es grande. Piden más contactos periódicos con la Santa Sede. Le critican la “carencia de una autoridad responsable” que no se da cuenta de la realidad ni de los inconvenientes existentes, dicen que las corrientes innovadoras encuentran un apoyo que se les niega a otros que ven en esto un peligro para la identidad y para el futuro de la orden. Para los que dicen que Arrupe no tomaba medidas, aquí en esta provincia de Loyola aún es recordado el envío de un visitador al

¹¹ Valero en La Bella, p. 248.

¹² Bolado en La Bella, p. 257.

¹³ Sorge en DHSI, p. 1701.

¹⁴ DHSI, 1701.

escolasticado que hubo de tomar medidas entre otras expulsar a algunos escolares de la Compañía. No valía todo, pero en Roma hacen creer que vale todo.

Así llegamos a la CG XXXII, convocada en 1973 y tenida en 1974-75. las palabras de acogida a los congregados de Pablo VI son más medidas, aunque sigue conteniendo muchas alabanzas. El discurso famoso ¿De dónde venís? ¿Quién sois? (religiosos, apóstoles y sacerdotes, unidos al Papa con un voto especial) Y entonces ¿por qué dudáis? ““Las nubes en el cielo” que veíamos en 1966 “en gran parte disipadas” por la CG XXXI ¿No han continuado quizá poniendo alguna sombra sobre la Compañía?”. A Continuación da indicaciones de por dónde querría que fuera la CG. Discernimiento, carácter sacerdotal de los ministerios y obediencia son en sustancia las indicaciones. Acaba pidiendo que la CG profundice y vuelva a proclamar “los elementos esenciales” de la vocación jesuítica.

El problema se planteó más agudamente con la cuestión del 4º voto.

Había un estudio y el deseo de plantear en la Compañía la extensión del 4º voto, reservado a los sacerdotes muy probados y formados a los no sacerdotes. Había muchas heridas en el interior de la Compañía por este motivo. Pablo VI le había expresado a Arrupe su parecer contrario e hizo que Villot le escribiera un a carta diciendo que “tal innovación, examinada atentamente, parece presentar graves dificultades, que impedirían la necesaria aprobación por parte de la Santa Sede”. Arrupe recibe esta carta el 3 de diciembre y sólo la comunica a la CG el día 16, después que el 11 y el 12 habían votado los puntos más importantes a tratar y se incluía el tema del 4º voto. La situación es compleja. Arrupe, según algunos cometió el error de no decir a la Congregación el contenido de la carta inmediatamente. Para otros, él no era el superior de la CG, tenía que esperar que ésta se pronunciara y sólo después dársela para que actuara en consecuencia.

Fue muy dolorosa la reacción que provocó en el Papa, los congregados pensaron que al Papa le podría interesar conocer las razones y trataron el tema e hicieron una votación indicativa. Arrupe escribió al Papa, dando razones de lo que habían hecho y pidiendo perdón. Se trataba, como luego reconoció, “de un infeliz equívoco y de la errada interpretación de los deseos del Papa”.

El Papa contestó una carta confidencial (15 de Feb 1975) con preguntas como “¿Podrá la Iglesia confiar, como siempre, aún en vosotros? ¿Cuál debería ser la actitud de la jerarquía eclesiástica para con vosotros?” y acababa diciendo: Es el Papa, quien con humildad pero con la sinceridad y la intensidad de su afecto os repite con emoción paterna y con extrema seriedad: pensad bien, hijos queridísimos, lo que hacéis”.

Impresionado Arrupe por estas fuertes expresiones y queriendo conocer mejor lo que preocupaba al Papa, pidió una audiencia y se le concedió varios días después (20 feb 75). El día siguiente tuvo una intervención en la CG en al que dijo “que la CG reconoce haberse equivocado no habiendo entendido lo que debería entender” por eso nos encontramos en el punto más profundo de aflicción y de humillación, sintiendo haber perdido la confianza de aquél a quien hemos hecho voto de fidelidad, la cual es principio y fundamento de nuestro Instituto”...¹⁵. Al someter a aprobación sus decretos, hay una carta de la Santa Sede que complementa la CG XXXII con algunas aclaraciones a sus documentos. La carta del Secretario de Estado, Card. Villot dice que “al examinar los decretos se advierte que las conocidas vicisitudes de la Congregación no la permitieron el resultado global que su Santidad esperaba de tan importante acontecimiento, y para el cual en varias ocasiones y de diversas formas había dado paternas indicaciones, especialmente en le discurso programático del 3 de diciembre de 1974” (...) hay afirmaciones que producen cierta perplejidad en su formulación, pueden dar ocasión a interpretaciones menos rectas” Por lo cual se acompaña un anejo con

¹⁵ En Sorge, DHSI 1703.

recomendaciones relativas a algunos decretos. Especialmente sobre el carácter religioso y sacerdotal de nuestro compromiso con la fe y la justicia, sobre la fidelidad al magisterio, sobre la formación de los NN, no olvidar a Santo Tomás, sobre la pobreza y sobre la composición de la Congregación Provincial, en la que se amplía la participación de los miembros no formados.

Si bien hay que disculpar a los Papas y al mismo Arrupe, entre los que siempre hubo un sincero aprecio y afecto. No se puede decir lo mismo de los jesuitas que no aceptaron a Arrupe ni las Congregaciones Generales XXXI y XXXII. Mención aparte merece el fenómeno de **la vera Compañía**. Un fenómeno principalmente español a partir de la CG XXXI y murió en 1983, cuando esperaban que Dezza por fin les iba a dar lo que pedían.

9 enero 1969 se reúne un grupo de 18 jesuitas. Al final redactan un documento muy crítico con el estado de la orden, que acusa a los superiores romanos de pasividad, permisivismo y debilidad. Entre los detractores están la insubordinación al magisterio papal, tolerar excesiva libertad de opinión, cuestionar la castidad y la pobreza... obstaculizar la práctica de las antiguas tradiciones ascéticas... El documento va dirigido a nuestros superiores y llega por influencias de miembros del grupo a la mesa de Pablo VI. Error de gobierno: el documento no tiene ninguna respuesta de Roma, lo cual aumentó el malhumor y el desacuerdo. La Vera pide tener una provincia independiente con la antigua disciplina. La Secretaría de estado pide parecer a Tarancón quien contesta en junio de 1969, diciendo que el problema es de toda la vida religiosa y de los seminarios es generalizado. Hay que reducir las contraposiciones no exasperarlas.

Diciembre de 1969 asamblea plenaria del episcopado español. Se trata el tema de los jesuitas y la petición de provincia independiente de los de la Vera. Morcillo, presidente de la Conferencia Episcopal, pide que le envíen la respuesta por escrito, de las respuestas recibidas, 49 favorables, 18 en contra y 5 se abstienen. La votación muestra la confianza del episcopado español en la Compañía. Estamos en los últimos años del franquismo. Morcillo no tenía mandato de Roma ni del nuncio. Al parecer fueron los 18 que hicieron llegar a Morcillo el problema y la demanda como a Roma.

Arrupe visita España, y tiene un gran éxito de liderazgo personal, aunque ni los de la Vera, ni los de la misión obrera lo reciben bien. Estos se niegan en una casa a abrirle la puerta. Perdida la batalla, la Vera pasa a la clandestinidad: *Jesuitas en fidelidad*. Estos tendrán una gran influencia en la información que reciben en Roma sobre la Compañía.

Se puede decir algo autobiográfico. Entré en la Compañía en 1979. Para mis compañeros que entraron después de 1970 todas las críticas son música celestial. Las conocieron de oídas. Decíamos nosotros que éramos de la postguerra. Además en España estaba la división política en los años finales del franquismo y primeros de la transición. Pero en la formación ya habían acabado los bandazos, la época de desorientación. Teníamos un plan que cumplíamos. He pasado toda mi formación explicando a esos padres cómo era nuestra formación, y diciéndoles que nuestra formación era seria, le decía lo que hacíamos, los programas que teníamos... pero era inútil, siempre llegábamos a lo mismo: ya no se hacen las cosas bien. Desde que soy novicio hemos tenido tiempo para la oración, la lectura espiritual, amor a la Tradición ignaciana, tiempos de estudios... pero era inútil. Ya no se hacían las cosas como antes y ya no se nos obligaba a lo que se les obligaba a ellos... Ya un día hartos, cuando le expliqué por enésima vez nuestro plan de estudios a un Padre enfermo al que solía visitar y me dijo condescendiendo que no estaba mal –siento no tener la virtud de Arrupe-, le dije no sin cierta crispación que no sólo no estaba mal sino que estaba mucho mejor que el suyo, que no estudiaban la Biblia, sino sólo algunos textos para refutar a los adversarios y que no conocían los Santos Padres, que sólo estudiaban santo Tomás o Suárez.

Tras tantas advertencias y con la impermeabilidad del grupo denunciante para ver que se hacía camino y que iba naciendo algo nuevo y ordenado, era previsible que los malos entendidos continuaran, un cuerpo de 30.000 hombres en una situación de cambio como la que se estaba viviendo y que ya no es gobernable como un cuartel, no era completamente controlable y es suficientemente plural como para tomar datos de un grupo y extrapolarlos al cuerpo. ¿Quizá a ello se sumara que Arrupe era un hombre blando para el gobierno? Es posible, pero creo que no es lo más prudente por mi parte decirlo en esta provincia en la que a través de un visitador (que era de mi provincia de origen) tomó medidas bien drásticas en el escolasticado expulsando a muchos escolares.

Tras la CG XXXII las relaciones se fueron tensando. Murió Pablo VI. Juan Pablo I en el poco tiempo que fue Papa preparó un discurso para la Compañía, que no llegó a tener, pero Juan Pablo II lo asumió y lo dio a la Compañía. Siguieron aumentando las desconfianzas, que, según Arrupe es lo peor que le puede pasar a la Compañía, perder la confianza de la Iglesia...

Luego vino el tiempo de la dimisión, cuando se acercaba a los 75 años. Arrupe no gustaba, pero la Santa Sede temía quién podría ser el sucesor y quería preparar bien la CG. Juan Pablo II detuvo el proceso de la dimisión y de convocatoria de la CG a la espera de que la Compañía estuviera más preparada. Estaba en estos diálogos con Arrupe cuando se interrumpieron por el atentado él sufrió en la Plaza de S. Pedro y luego, definitivamente, con la trombosis del P. Arrupe.

ARRUPE: LA FIGURA QUE SE AGRANDA

Hay tres palabras fuertes que ayudan a comprender a Arrupe. No se me ocurre un Arrupe *Light*: La voluntad de Dios, la cruz de Cristo y el amor a la Iglesia.

En los primeros EE como General, cuyos apuntes personales ha publicado Ignacio Iglesias, escribía: “el agradecimiento me obliga a ser fidelísimo al Señor, de modo que ni la más mínima cosa que yo vea que él me pide, puedo negársela (...) Esa comunicación continua [con el Señor] me es absolutamente necesaria para poder cumplir mi cargo bien. El oír al Señor y comprender bien su voluntad exigen el corazón perfectamente limpio (...) De ahí que, si siempre, ahora adquiere actualidad especialísima *el voto de perfección*. Ahora tengo que observarlo con toda diligencia, pues en esa diligencia en observarlo estará también mi preparación para oír, ver y ser instrumento del Señor: que es cumplir en todo su voluntad...”. El contenido del voto de perfección es ajustarse siempre completamente a la voluntad de Dios, vivir en una absoluta docilidad a Dios. Creo que este dato nos da luz para comprender lo que hizo, por qué lo hizo y también desde dónde acogía lo que le tocó padecer.

Ahora se entiende mejor lo que dijo nada más ser elegido General, que cumpliría fidelísimamente las indicaciones de las CCGG y del Sumo Pontífice, que eran sus superiores y a través de ellos se le mostraba a él la voluntad de Dios. Arrupe ha tenido como leit motiv en su generalato, como en su vida, el cumplimiento exacto de la voluntad de Dios, según su voto de perfección, emitido en su tercera probación en Cleveland. Se puede encontrar en muchos de los temas de sus cartas y alocuciones, las indicaciones del Santo Padre. Salvo la primera intervención en la CG XXXII, que era sobre “desafío del mundo y misión de la Compañía” las demás intervenciones apuntan a robustecer el ser y a fundarlo en Dios, responde a lo que el Papa pedía al inicio de la CG XXXII que “el obrar no prevalezca sobre el ser”. A lo mismo responde su carta a la Compañía poco después de la CG XXXII, sobre *La integración real de la vida espiritual y apostolado*, en la dedicada a *la disponibilidad* también se puede ver la llamada del Papa a la obediencia en la misma CG, etc.

Como decía Arrupe en su última homilía de S. Ignacio, “todo el que sigue a Jesús da por supuesto que sobre él puede caer la sombra de la cruz”¹⁶. Y Sobre Arrupe ciertamente cayó. Su amigo Jesús Iturrioz le escribía desde Loyola al Arrupe enfermo, “creo que el Señor (...) le ha sacrificado hasta el extremo. Estos años de generalato han sido años de profunda experiencia en manos de Cristo. Vd mismo me ha contado algunas veces las amarguras que ha sufrido; las mayores de su vida me dijo una vez”¹⁷. Según confesión personal de Arrupe, en estos años ha vivido “las mayores amarguras de su vida”. Sin embargo, las vivió dando un precioso testimonio de esperanza y alegría en la Iglesia, que es justo lo que nos ha quedado de él.

Arrupe vivió su vocación bajo el estandarte de la Cruz¹⁸, no perdió su optimismo, su esperanza, el se sabe en manos de Dios, las situaciones amargas de dolor que le ha tocado vivir las ha vivido cristianamente, en medio de la incomprensión; lo que vio que era de Dios y le habían pedido las CCGG siguió impulsándolo, aunque por ello se le criticara. Nos encontramos a un hombre que vive ante Dios y que acepta la crítica, la carga, como la cargó su Maestro. Su **devoción al corazón de Cristo**, en el que él decía encontrar la fuente de la alegría, puede ser otra clave para comprender porqué no se derrumba ante tanta contestación y desautorización. Se siente sus padecimientos en comunión con su maestro.

Cuenta Benjamín González Buelta cómo les animó cuando estaban iniciando su experiencia de inserción en los barrios más pobres de Santo Domingo, con la oposición de personalidades fuertes de la Iglesia y de fuerzas políticas hostiles¹⁹. Lo mismo me contaba Miguel Elizondo cuando decidieron poner en unos barrios pobres de Medellín la casa de tercera probación para jesuitas, había contestación porque aquello no se había hecho antes, Arrupe la visitó con el provincial... cuando se iban ya, Arrupe sólo volvió atrás a decirle, “sigan, sigan yo les apoyo... ¿Cómo prohibir una tercera probación en un lugar pobre si Ignacio y sus compañeros la tuvieron en aquella casa en ruinas de Vivarolo, junto a Vicenza?” Es probable, como se ha dicho, que algunos le engañaran, que fuera ingenuo, pero gracias a ello se han abierto formas de presencia de la Iglesia entre los pobres en condiciones más sencillas y porosas, sin ceder nada de nuestra vida religiosa, sino pudiendo testimoniar justamente el amor y cercanía a los pobres que queremos vivir con nuestros votos. Hay pasos que sólo se pueden dar si alguien ha aceptado padecer consecuencias... Y Arrupe cargó sobre sí el peso de los cambios.

El acomodo y atrincheramiento de la vida religiosa hoy sólo se podría ver con pena, haciendo vanos los muchos padecimientos de Arrupe y de otros. Hoy quizá tendamos a acomodarnos más y no estemos ya como entonces deseando ir a esos sitios de frontera, creo que sólo pensar lo que costó a Arrupe conquistar esos lugares de presencia de la Iglesia entre los pobres, nos espolea a desearlos un poco más.

Creo que **el juicio del P. Sorge sobre el generalato de Arrupe** es muy acertado cuando propone que la clave de lectura de su generalato debe buscarse en el principio de “**sentir con la Iglesia**”²⁰, pero aplicado de un modo nuevo según la eclesiología del Vaticano II. A la luz de este principio adquieren valor y unidad las renovaciones sancionadas por la CCGG XXXI, XXXII y XXXIII, en especial “la opción decisiva” de “comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: La lucha por la fe y la lucha por la justicia -opción que subyace y determina todas las demás- . La Compañía vive su misión FJ en sintonía con el modo como la Iglesia

¹⁶ Información sj, 1981, p.187.

¹⁷ Iglesias en La Bella, p. 993, nota 42.

¹⁸ También nos lo recuerda Francisco Ivern, en La Bella, 1048-1050

¹⁹ ST 95 (2007) p. 773

²⁰ DHSI, p.1705

propone su misión en *Gaudium et Spes*, en los sínodos de 1971 y 1974, en la *Octogesima Adveniens* y en la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, en el documento final de Puebla y en la *Redemptor hominis* de Juan Pablo II.

Pero para este “sentir con la Iglesia” ya no basta sólo sentir con el Magisterio (aunque siempre es fundamento de todo sentir eclesial), sino que es también necesario sentir, según la eclesiología de *Lumen Gentium*, con el Pueblo de Dios, consientes de que el Espíritu Santo da sus dones y gracias para la renovación de la Iglesia que han de ser recibidos con gratitud y consuelo. Arrupe sintió con la Iglesia del Concilio, con el magisterio y con el Pueblo de Dios, y llevó a la Compañía a sentir con la Iglesia, aun con algunos traumas y desbandadas.

Y esto es así, y es la interpretación más justa de las reglas de S. Ignacio, para quien sentir con la Iglesia jerárquica no es sólo sentir con la jerarquía de la Iglesia, aunque esto como para Arrupe, fuera incuestionable, es también sentir con el pueblo menudo. Aquí Arrupe va de la mano con Monseñor Romero, que hizo del sentir con la Iglesia la divisa de su episcopado. El también, como Arrupe, se vio crucificado entre la fidelidad irrenunciable a la Santa Sede y al magisterio y la fidelidad a los pobres, al pueblo oprimido en el que el Espíritu de Dios clama justicia.

Si leemos en la carta de S. Ignacio a Teresa Rejadell, cómo acoger e interpretar el don del Espíritu que se nos da en la experiencia espiritual, Ignacio nos da dos criterios que pueden llegar a ser crucificantes, como ciertamente lo fueron en la vida de Arrupe y en la de Romero: por una parte **“es necesario conformarnos con los mandamientos, preceptos de la Iglesia y obediencia de nuestros mayores, y lleno de humildad porque el mismo espíritu es en todos”** pero esto sólo puede no bastar, a veces podemos tener la tentación de no cumplir todo lo que nos ha sido mostrado y, para este caso, dice Ignacio, **“aquí es necesaria más advertencia que en todas las cosas (...) porque en esto es menester mirar más el sujeto de los otros que los mis deseos”**.

Arrupe es un hombre olvidado de sus deseos, crucificado entre la salvación por la que clama “el sujeto de los otros”, especialmente de los más pobres y la fe en que sólo puede ser posible conformándose con los mandamientos de la Iglesia y la obediencia a su Jerarquía. Arrupe no es anti-nada, tiene la frescura de las personas que son afirmativas. Es Evangelio, es un imitador de Jesús... Nunca se le oirá una crítica de ninguna jerarquía de la Iglesia, ni siquiera de la que le critica a él más abiertamente. Nunca se le oirá una crítica de los que le criticaban y le denunciaban injustamente, nunca tomará represalias con sus hermanos que por deseos de fidelidad mal entendidos, con sus denuncias estaban socavando la confianza de la Jerarquía eclesiástica en la Compañía y, con ello destruyéndola. Tampoco con los que con sus actitudes atolondradas han sido motivo de que lleguen quejas a Roma, y aumenten la fama de ingobernabilidad de la Compañía (Cf Fz-Martos)²¹.

La misión que continúa

Hay algo de Arrupe, de su herencia que se ha quedado definitivamente con nosotros en nuestra forma de vida, y que el P. Kolvenbach ha seguido animando: un modo más humano de gobierno, más parecido al de S. Ignacio, pero al mismo tiempo más exigente, pues pide discernimiento y obediencia de juicio, es decir, con libertad; un estilo de vida más sencillo y cercano a los pobres, pero que exige compromiso y renunciaciones; unas estructuras de vida comunitaria más sencillas; pero que exigen más participación de todos; una comprensión de nuestra vida espiritual más apostólica, menos centrada en estructuras externas, horarios y prácticas devocionales; pero que exige más abnegación de uno mismo y una profunda relación personal con Cristo en la oración, en

²¹ Cf. el comentario de Fernández-Martos cuando fue llamado a Roma por haber firmado el documento de apoyo a Díez-Alegría. El cariño con el que le trató Arrupe.

la Eucaristía y en la vida apostólica; unos ministerios actualizados, pero que exigen una honda comunión con la Iglesia y constante relación y relectura del mundo que vivimos y de la realidad que nos toca vivir; una comprensión de la misión de la Compañía en el mundo de hoy, que exige del apóstol sacar las consecuencias prácticas de la fe que profesamos en términos de justicia y amor; un espíritu misionero al mismo tiempo que de diálogo con los diferentes y de inculturación del Evangelio, que exige apertura y despojo de lo propio.

Por algo los discursos de los PP Generales al final de las últimas CCGG hacían un llamamiento a la conversión Si no nos convertimos, todo lo dicho en las CCGG será letra muerta. Hemos entrado en una época que no basta tener leyes y hacerlas cumplir al modo externo, hace falta una conversión personal. Se hace necesaria la conversión al ideal ignaciano reformulado por las CCGG recientes... Nadie va a imponérselo, nadie va a vivirlo por nosotros. Ya no se puede vivir la fe y la vocación con el piloto automático, ni tenemos un capataz que como en la galera va marcando el ritmo de los remeros con un martillo. Ahora necesitamos de la libertad que acoja la gracia que ya se nos ha dado. Toca desplegar las velas para acoger el soplo del Espíritu y dejarnos conducir, concertada y continuamente por él.

Pedro Arrupe dejó unos escritos de enorme interés para comprender una etapa de la historia de la Iglesia -el post concilio. Los escritos están ahí y hablan por sí mismos, no nos necesitan a nosotros.

Pero, sobre todo, Pedro Arrupe dijo unas palabras, realizó unas acciones, padeció su pasión y con todo ello desencadenó unos procesos en la Compañía, en la Iglesia y en el mundo que le tocó vivir, en favor de la Iglesia y de la humanidad. Estos procesos, para seguir adelante, dependen de nosotros. Nos necesitan a nosotros y a las generaciones que vendrán detrás de nosotros.

Arrupe, como su Maestro, no acabó triunfante sino humillado. Pero de lo que empezó con él aún no ha sido dicha la última palabra. Tal vez para los que venimos detrás de él *la misión imposible* pueda hacerse posible. Yo mantengo la esperanza de que lo será y, no sé si con optimismo e ingenuidad arrupiana, creo que lo va siendo. Hoy, gracias a Dios, siguen incorporándose nuevos novicios a la Compañía, son muchos los laicos que encuentran sus fuentes en la espiritualidad ignaciana y colaboran en la misión de la Compañía. Esa *misión imposible* se va haciendo posible con los mimbres que hemos heredado de Arrupe; es decir, al zambullirnos en el mundo que nos toca vivir y descubrir su lado bueno, pues ya alienta en él el Espíritu del que lo creó; al ajustarnos a la voluntad de Dios por encima de todo; al pegarnos a la cruz y aceptarla en cualquier forma que venga; y al sentir hondamente con la Iglesia, que no es sólo la jerarquía, pero que también, y de un modo singular, lo es. Ya no es tiempo de recriminaciones mutuas, sino de unión en la misión, justo lo que la Compañía de entonces no pudo o no supo ofrecer a Arrupe en vida, por los empecinamientos de unos y los atolondramientos de otros.

Para el futuro de esta misión de la Compañía, que ya no es sólo de los jesuitas, sino que la compartimos con muchos laicos, si acogemos los mimbres de Arrupe y aprendemos algo de lo que fue su cruz, no deberíamos descuidar la unión y la comprensión mutua de los que tenemos que llevarla adelante.